

con objeto de colocar entre la clientela aristocrática y religiosa el papel sobrante en Italia y para cebo se dijo que el papa participaba del negocio y lo peor de todo era que, efectivamente, debía comprometer en él tres millones. En resumen, que la situación íbase haciendo tanto más crítica cuanto que poco á poco había ido comprometiendo todos los millones en la terrible partida de agio que se jugaba en Roma, bajo las ventanas de su Vaticano, tentado seguramente por los grandes beneficios que podrían obtenerse, animado también, tal vez, por la idea de reconquistar con el dinero la ciudad que le habían arrancado á la fuerza. Su responsabilidad iba á ser completa, porque monseñor Folchi no emprendía jamás ningún negocio sin consultárselo previamente y él debía ser el verdadero autor de su desastre con su afán de ganar, con su deseo de proporcionar á la Iglesia la supremacía moderna de los grandes capitales; pero, como sucede siempre, el prelado fué el único responsable del desastre. Era monseñor Folchi de carácter imperioso y áspero y los cardenales de la comisión, pareciéndoles que las sesiones era cosa completamente inútil, puesto que obraba como señor absoluto y no se reunían más que para enterarse de lo que buenamente querían darles á conocer de las operaciones que se realizaban. Cuando estalló la catástrofe se urdió un complot y los cardenales aterraron al papa con las malas noticias que corrían y luego obligaron á monseñor Folchi á que rindiese cuentas delante de la comisión. La situación era malísima y las enormes pérdidas no podían evitarse. Monseñor Folchi cayó en desgracia y desde entonces en vano ha pedido una audiencia al papa que, constantemente se ha negado á recibirle, como para castigarle de la falta que

cometieron entre los dos, de esa locura de lucro que á ambos los cegó; pero nunca se ha quejado, mostrándose muy piadoso, muy sumiso y guardando sus secretos é inclinándose ante la decisión papal. Nadie puede decir con precisión á que cantidad asciende la cifra de los millones que el patrimonio de San Pedro dejó en esa catástrofe de Roma, convertida en un centro de negocios sucios, y si hay alguien que dice que no pasa de diez millones, otros aseguran que llega á treinta. Es creíble que la pérdida ascendió á unos quince millones.

Después de las chuletas con tomate sirvió el mozo un pollito frito y Narciso terminó diciendo:

—¡Ah! Lo que es ahora el agujero está tapado. Os dije ya que cantidades tan considerables había facilitado el dinero de San Pedro del que el papa es el único que regula el empleo y sabe á cuanto asciende... Aparte de todo no se ha corregido y sé de buena tinta que sigue jugando aunque con más cautela y á eso se reduce todo. Su hombre de confianza es también hoy un prelado, creo que monseñor Marzolini, que es quien se cuida de sus negocios de interés ¡Y qué diantre, amigo mío, hace bien! ¡Qué diablo, vive con la época!

Hábale escuchado Pedro con creciente sorpresa á la que se mezclaba algo semejante á terror y tristeza. Todo aquello era muy natural, hasta legítimo; pero no se le había ocurrido nunca el pensar que pudiese existir, pues no soñaba más que con un pastor de almas muy alejado, colocado muy alto, y desprendido de todo cuidado temporal ¡Y cómo! ¡Ese papa, ese padre espiritual de los míseros y de los que sufren había es-

peculado y jugado sobre terrenos y valores de Bolsa. ¡Había jugado y colocado fondos en casas de banca de judíos, practicado la usura, hecho sudar intereses al dinero! Ese sucesor de San Pedro, del Apóstol, Pontífice de Cristo, del Jesús del Evangelio y amigo divino de los pobres! Y además que contraste más doloroso, tantos millones allá arriba en las salas del Vaticano en el fondo de algún discreto mueble, tantos millones que producían, que trabajaban, colocados y vueltos á colocar en seguida para que produzcan más, del mismo modo que huevos de oro empollados con la ternura apasionada del avaro! Y muy cerca, abajo, en aquellas inmundas casas sin concluir de los barrios nuevos tanta miseria! ¡Tantas pobres gentes que se morían de hambre en medio de la más repugnante suciedad; las madres sin leche con que amamantar á los hijos; los hombres reducidos á la holganza por la huelga forzosa; los ancianos agonizando como bestias de carga á las que se mata cuando no sirven para el trabajo! ¡Ah! ¡Era posible que sucediese esto, Dios mío, Dios de caridad, Dios de amor! Sin duda la Iglesia tiene necesidades materiales y no puede vivir sin dinero y era un pensamiento prudente y de la más alta política ganarle un tesoro que la permitiese combatir victoriosamente á sus enemigos; más, cuán repugnante y repulsivo era esto y el verla descender de su divina realeza para ser más que un partido, una vasta asociación internacional que no tenía más objeto que el de conquistar y poseer el mundo!

Y Pedro se quedaba aún más asombrado ante lo extraordinario de la aventura ¿habíase imaginado un drama más inesperado y más lleno de atractivo? Ese papa, que se encerraba estrechamente en su palacio,

en una prisión, sin duda, pero en una prisión cuyas cien ventanas abríanse sobre la inmensidad; Roma, su campiña, las montañas colindantes; ese papa que desde su ventana á todas las horas del día y de la noche y durante todas las estaciones, abrazaba con una mirada y veía desarrollarse á sus piés su ciudad, la ciudad de que le habían despojado y cuya restitución exigía con un continuo lamento, ese papa que desde que habían dado comienzo los trabajos, asistió también día por día á todas las transformaciones que sufría su ciudad, á las aperturas de nuevas calles, al derribo de antiguos barrios, á la venta de los terrenos en los que por todas partes se levantaban nuevas edificaciones concluyendo por rodear con blanco cinturón todas las antiguas construcciones retostadas por el sol, y entonces ese papa, ante el espectáculo diario, ante esa furia de la edificación de que podía enterarse al levantarse y al acostarse, dominado á su vez por la pasión del juego que subía desde la ciudad entera, semejante á una empujadora humareda, ese papa, desde la habitación en que permanecía estrictamente encerrado, primero jugó sobre el embellecimiento de su antigua capital, tratando de enriquecerse con el movimiento de los negocios impulsado por ese gobierno italiano al que trataba de expoliador y después perdió bruscamente unos cuantos millones en una catástrofe colosal que debió desear, pero que no previó! No, jamás un rey destronado cedió á una sugestión tan singular, para comprometerse en una aventura más trágica, que le hería como un castigo. ¡Y no era un rey el que lo hacía, era el delegado de Dios, era Dios mismo, ante los ojos de la idólatra cristiandad!

Habíanles servido los postres, queso de cabra y fru-

tas, y Narciso estaba concluyendo de desgranar un racimo de uva, cuando, levantando de pronto la cabeza, exclamó:

—Pues tenéis razón, querido, también veo yo esa sombra blanca detrás de los cristales, allá arriba, en la habitación del Santo Padre.

Pedro, que no separaba la mirada de la ventana, dijo con lentitud.

—Sí, había desaparecido y ahora ha vuelto presentarse y esta detrás de los cristales blanca é inmóvil.

—¡Pardiez! ¿Y que querais que haga?—replicó Narciso con su aire lánguido y sin que se pudiese saber si se burlaba ó no.—Es como todo el mundo, mira por su ventana cuando quiere distraerse un poco con tanto mayor motivo cuanto que tiene realmente mucho que contemplar y sin cansarse jamás.

Y era este hecho el que, apoderándose de Pedro, hacía que fuese en aumento la emoción que experimentaba. Hablaban de un Vaticano cerrado y se imaginó un palacio sombrío, rodeado de elevadas murallas, porque nadie había dicho y todo el mundo parecía ignorarlo, que aquel palacio dominaba á Roma y que desde su ventana el papa veía el mundo. Aquella inmensidad conocía muy bien Pedro por haberla visto desde lo alto del Janículo, por volverla á ver desde las logias de Rafael y desde la cúpula de San Pedro. Y lo que León XIII veía en aquellos momentos, inmóvil y blanco tras los cristales, lo evocaba Pedro y lo veía con él. En el centro del vasto desierto de la campiña, que limitaban los montes de la Sabina y los montes Albanos veía León XIII las siete ilustres colinas, el Janículo, que coronaban los árboles de la villa Pamphili; el Aventino en la que no quedaban más que tres

iglesias ocultas entre la fronda; el Cœlio más atrás y aun desierta y perfumada por los naranjos en fruto de la villa Mattei; el Palatino bordeado por una hilera de cipreses, crecidos allí como para adornar la tumba de los Césares; el Esquilino, en donde se elevaba el delgado campanario de Santa María la Mayor; el Viminal que se semejava á una cantera despanzurrada con sus montones confusos y yesosos de nuevas construcciones; el Capitolio con su palacio de los senadores apenas señalado por su cuadrada torre; el Quirinal en el que se levantaba el palacio del rey con su revoco de un amarillo chillón que resaltaba sobre el fondo verde obscuro de sus árboles. Veía, además de Santa María la Mayor, todas las basílicas, San Juan de Letrán, cuna del papado, San Pablo extra muros, Santa Cruz de Jerusalén, Santa Ana y las cúpulas de Jesús, San Andrés del Valle, San Carlos, San Juan de los Florentinos y las cuatrocientas iglesias de Roma que hacen de la ciudad un campo sagrado plantado de cruces.

Veía también los monumentos famosos, testigos del orgullo de los siglos, el fuerte de Santangelo, tumba de un emperador convertida en fortaleza papal, la línea blanca de los otros sepulcros de la via Appia, allá abajo las minas esparcidas de las thermas de Caracalla, de la casa de Septimio Severo, columnas, pórticos, arcos de triunfo, después los palacios y villas de los fastuosos cardenales del Renacimiento, el palacio Farnesio, el palacio Borghese, la villa de Médicis y tantas otras en medio de un pulular de techos y fachadas; pero lo que veía bajo su misma ventana, hácia la izquierda, era la abominación del nuevo barrio sin concluir de los Prados del Castillo. Por la tarde, cuando se paseaba por

sus jardines, que el muro levantado por León IV convierte en un bastión cercado de una ciudadela, podía ver el horrible valle que han devastado al pié del monte Mario, para establecer ladrillerías en los momentos en que llegó lo más algido la furia de las construcciones. Las verdes pendientes están despanzurradas y zanjas profundas y amarillentas las cortan por todos lados, mientras que los hornos de ladrillo, hoy cerrados, no son más que lamentables ruínas con sus elevadas chimeneas muertas y de las que no sale nunca humo. Y á cualquier otra hora del día, no podía acercarse á sus ventanas, sin tener ante los ojos el espectáculo de aquellas habitaciones abandonadas, para las que se habían fabricado tantos miles de ladrillos, aquellos edificios muertos antes de haber vivido y en las que no había á la hora presente más que la miseria bullidora de Roma, que se podría allí como una descomposición de las sociedades antiguas.

Pero Pedro imaginábase sobretodo que León XIII, la sombra de allá arriba, acababa por olvidarse del resto de la ciudad, para hacer que sus meditaciones se fijasen en el Palatino, sin corona entonces, y no levantando al cielo más que la de sus negros cipreses. Sin duda rectificaba con el pensamiento los palacios de los Césares, contemplaba como se levantaban grandes sombras todas ellas rojizas, vestidas de púrpura, sus venerables antepasados, los únicos que podían decirle como se gobernaban los pueblos obrando como señor y dueño del mundo. Fijábanse sus miradas en el Quirinal y allí se absorbía durante horas enteras ante el espectáculo de la realeza de enfrente. ¡Que contraste! ¡Que encuentro más extraño el de esos dos palacios que se contemplaban, el Quirinal y el Vaticano, que

dominan, que se alzan el uno en frente del otro por cima de la Roma de la Edad media y del Renacimiento, cuyos techos dorados y recocidos por el sol se apilan y confunden en las orillas del Tíber. Con unos sencillos gemelos de teatro, papa y rey, podían verse claramente cuando se asomaban á su ventana. No son más que puntos olvidables, perdidos en la extensión sin límites ¡y que abismo mediaba entre los dos, cuantos siglos de historia, cuantas generaciones que han sufrido y luchado, cuanta grandeza muerta y que inminente para el porvenir! Se ven y están aún entregados á la lucha de saber para quien será el pueblo cuya oleada se agita bajo sus miradas, quien será su dueño soberano absoluto, si el Pontífice, pastor de almas ó el rey, señor de cuerpos.

Y entonces se preguntó Pedro cuales eran las reflexiones, las meditaciones de León XIII detrás de aquellos cristales en los que creía continuamente ver presentarse su blanca figura de aparecido. Ante la nueva Roma con sus antiguos barrios devastados, con los barrios nuevos derribados por un viento de desastre, debía indudablemente gozar viendo el colosal aborto del gobierno italiano. Le habían despojado de su ciudad y habían querido enseñarle como se creaba una gran capital yendo á parar, después de tantas pretensiones, á semejante catástrofe, á tantas inútiles edificaciones que ni siquiera se sabía de que manera habían de concluirse. No podía por menos de estar encantado de los apuros tremendos por que había pasado el régimen usurpador, la crisis política, la crisis económica, un malestar nacional creciente tal y tan grande que parecía amenazar con el hundimiento á aquel régimen, y sin embargo, ¿no tenía él mismo alma de patriota? ¿no

era hijo amante de esa Italia cuyo genio y secular ambición circulaban por sus venas? ¡Ah! ¡No! ¡Nada contra Italia! ¡Al contrario, que volviese á ser la dominadora del mundo!

Un dolor grande apoderábase de él en medio de la alegría de su esperanza, cuando la veía arruinada de ese modo, amenazada con la bancarrota, mostrando esa Roma trastornada y sin concluir que era como una confesión de su impotencia. Pero si la dinastía de Saboya desaparecía un día ¿no estaba él allí para reemplazarla y entrar al fin en posesión otra vez de la ciudad que hacía quince años no veía más que desde su ventana, presa de los demoledores y de los albañiles? Volvería á ser el dueño, reinando sobre el mundo desde la ciudad predestinada á la que las profecías habían asegurado la eternidad y la universal dominación.

Y el horizonte se ensanchaba y Pedro se preguntó que era lo que veía Leon XIII por cima de Roma, más allá de la campiña romana, de los montes de Sabina y los montes Albanos, en la cristiandad entera. Puesto que estaba encerrado en su Vaticano desde hacía diez y ocho años, puesto que no tenía en el mundo más abertura que la del hueco de su ventana, ¿que veía desde allí arriba, que ecos, que verdades y que certidumbres llegaban hasta él de nuestras modernas sociedades? Algunas veces desde las alturas del Viminal, en donde se encuentra la estación, deberían llegar hasta él prolongados silbidos de la locomotora; aquella era nuestra civilización científica, los pueblos que se aproximan, la humanidad libre marchando al porvenir. ¿Soñaba el también con la libertad, cuando volviendo la vista hácia la izquierda admiraba el mar allá abajo, al otro lado de las tumbas de la via Appia? ¿Habría queri-

do alguna vez marcharse, abandonar la Roma de su tradición para fundar en otra parte el papado de las nuevas democracias? Puesto que decían que tenía un talento tan claro, tan penetrante, habría debido comprender, había debido temblar el enterarse de los rumores lejanos que llegaban hasta él, desde ciertos países de lucha, de América, por ejemplo, en donde obispos revolucionarios trabajaban para conquistar al pueblo. ¿Era para él ó para ellos para quien trabajaban? Si no podía seguirles, si entercaba en encerrarse en su Vaticano, atado por todos lados por el dogma y la tradición ¿no era de temer que llegase un día en que se impusiese la ruptura de relaciones? Y la amenaza de un viento de cisma soplando desde lejos, le pasaba sobre su cara llenándole de una angustia creciente. Era por eso mismo por lo que se habia convertido en el diplomático de la conciliación queriendo reunir en su mano todas las fuerzas dispersas de la Iglesia, cerrando los ojos sobre las audacias de ciertos obispos, tanto como se lo permitía la tolerancia, esforzándose él mismo para conquistar el pueblo, poniéndose á su lado contra las monarquías caídas. ¿Iría más lejos? ¿No se encontraba encerrado tras la puerta de bronce, en ese Vaticano, dentro de la estricta fórmula católica á que le encadenan los siglos? La obstinación era fatal y le sería imposible resignarse á su fuerza real y todo poderosa, á ese poder puramente espiritual, á esa autoridad moral del mas allá que llevaba la humanidad á sus piés y que hacía arrodillar á las peregrinaciones y desmayarse á las mujeres. Abandonar á Roma, renunciar al poder temporal, era cambiar el centro del mundo católico, sería no ser mas lo que era, jefe del catolicismo, sino

otro jefe de otra cosa. Y que pensamientos inquietos se le ocurrirían en aquella ventana, si el viento de la tarde alguna vez le llevaba la vaga imagen de esa otra, la pavora de la religión nueva confusa aún, que se elaboraba en el sordo pisar de las naciones en marcha y cuyos ruidos llegaban hasta él desde todos los puntos del horizonte!

Comprendió Pedro en aquel momento que, detrás de los cristales cerrados, la sombra blanca, la sombra inmóvil, solo se sostenía en pie por el orgullo, por la continua certidumbre de vencer. Si los hombres no bastaban, intervendría el milagro. Tenía la absoluta convicción de que volvería á entrar en posesión de Roma y que si esto no lo hacía él, sería su sucesor el que lo lograra. La Iglesia, con su indomable voluntad de vivir ¿no tenía la eternidad delante de ella? ¿Y por qué no él? ¿Era que Dios no podía lo imposible? Mañana, si Dios lo quería, á pesar de todos los razonamientos humanos, á pesar de la apariencia de lógica de los hechos, sería devuelta la ciudad con motivo de cualquier brusco cambio de la Historia. ¡Ah! ¡Qué fiesta para recibir á aquella hija pródiga, cuyas equívocas aventuras siguió siempre con sus ojos paternales humedecidos por las lágrimas! Olvidaría los desbordamientos á los cuales había asistido durante diez y ocho años, á todas las horas y durante todas las estaciones. Tal vez soñaba en lo que haría en aquellos barrios nuevos con que la mancharon, ¿los derribaría ó los dejaría tal cual estaban, como el testimonio de la demencia de los usurpadores? Volvería á ser la ciudad augusta y muerta, desdeñosa de los vanos cuidados de la limpieza y de la comodidad material, resplandeciendo sobre el mundo

semejante á un alma pura con la gloria tradicional de los siglos pasados. Y su sueño continuaba, imaginando de que modo iban á pasar las cosas al día siguiente, sin duda. Todo era preferible á la casa de Saboya, todo, incluso una república. ¿Por qué no una república federativa que hiciese pedazos á Italia; con arreglo á la antigua y abolida división, lo que haría que le restituyesen á Roma y que le escogiesen como protector natural del Estado así reconstituído? Después sus miradas se extendían más allá de Roma, más allá de Italia, su sueño se agrandaba, seguía agrandándose y englobaba á Francia republicana, España que podía volver á serlo, Austria, que algún día sería conquistada, todas las naciones católicas convertidas en los Estados Unidos de Europa, pacificados y fraternizando bajo la elevada presidencia del Soberano Pontífice. Después en el triunfo supremo eran las otras Iglesias las que desaparecían, todos los pueblos disidentes que iban á él como pastor único, Jesús que reinaba en su persona, sobre la democracia universal.

Pedro bruscamente vióse interrumpido en ese ensueño que adaptaba á León XIII.

—¡Oh! ¡Mirad, querido,—dijo Narciso—el tono de color de las estatuas, allí en la columnata!

Había mandado que le sirviesen una taza de café y fumaba lánguidamente un cigarro entregándose á sus únicas meditaciones de estético refinado.

—Miradlas: son de color de rosa, pero de un rosa que tira al rojo como si la sangre azul de los ángeles circulase por sus venas de piedra... Es el sol de Roma, ese amigo mío, que les da esa vida supra terrestre, por que viven; las he visto yo sonreír y tenderme los bra-

zos en ciertos hermosos crepúsculos... ¡Ah! ¡Roma! ¡Roma maravillosa y deliciosa! ¡Aquí se viviría del aire del tiempo, tan pobre como Job, con la continua alegría de respirar el encanto!

Aquella vez no pudo Pedro por menos de sorprenderse al recordar su voz tan clara, su espíritu de hacendista tan preciso y acertado. Y su pensamiento volvió á los Prados del Castillo y una tristeza horrible le oprimió el corazón ante esa última evocación de tanta miseria y de tanto sufrimiento. Veía otra vez la inmunda suciedad en que tantas criaturas echábanse á perder; veía esa abominable injusticia social que condena al mayor número á una existencia de bestias malditas sin alegría y sin pan. Y como sus miradas se fijasen aun en las ventanas del Vaticano, pensó, creyendo ver levantarse una mano pálida detrás de los cristales, en aquella bendición papal que León XIII daba desde tan alto por encima de Roma, por cima de la Campiña y de los montes á los fieles de la cristiandad entera. Y esa bendición presentósele de pronto irrisoria é impotente puesto que apesar de haber pasado tantos siglos no había podido suprimir ni uno solo de los dolores de la humanidad y ni siquiera hacer un poco de justicia á los miserables, á los desdichados, que agonizaban allá abajo al pie de su ventana.

FIN DEL TOMO PRIMERO

210
LAS TRES CIUDADES

LOURDES, ROMA, PARIS

LOURDES

POR

EMILIO ZOLA

Forma 2 tomos iguales á los de

ROMA, y se venden al precio

de **16** reales los dos tomos.

Colección de Autores ilustres

TOMOS PUBLICADOS Y EN VENTA

- España, (*Amicis*).
¡Misterio!, (*Conway*).
Atala.—René.—Ultimo abencerrage.—
Viaje al Montblanch, (*Chateaubriand*).
Rafael-Graziella, (*Lamartine*).
La Sonata de Kreutzer.—El matrimonio,
(*Tolstoy*).
Los trabajadores del Mar, (*Victor Hugo*),
2 tomos.
El manuscrito de mi Madre, (*Lamartine*).
Teresa Raquin, (*Zola*).
María, (*Jorge Isaacs*).
Sor Filomena, (*Edmundo y J. de Gon-*
court).
Tartarin de Tarascon, (*Daudet*).
Fromont y Risler, (*obra premiada por la*
Academia francesa).
Sin Madre, (*Hugo Conway*).

UNIVERSITÀ DI CAMBRIDGE
UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF CAMBRIDGE
UNIVERSITY LIBRARY



Capilla Alfonsina
U.A.N.L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la
última fecha abajo indicada

| | | | |
|--|--|--|--|
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |

UANL BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UANL

Donado Por: _____
Suzana Levy
Fecha: 22-04-2010

